NO TEMAN

La revolución gentil de la Providencia



Carta del Casero, P. Massimiliano Parrella, a la Familia Calabriana

Verona, 26 de Noviembre de 2026
Aniversario de la fundación de la Obra

NO TEMAN

La revolución gentil de la Providencia

Carta del Casero a la Familia Calabriana

Escrito por el p. Massimiliano Parrella y Silvio Ciappi

Editado por el Sector de Comunicación PSDP

Verona, 26 de Noviembre de 2026

A la querida Familia Calabriana,
hermanos y hermanas en Cristo, religiosos y religiosas, laicos, consagrados y colaboradores, jóvenes y adultos mayores, voluntarios, huéspedes y amigos de la Obra en todo el mundo, *¡Shalom!*

En este aniversario, en el que conmemoramos los 119 años desde que San Juan Calabria inició la primera Casa *Buoni Fanciulli*, me dirijo a todos ustedes con una carta especial.

El fruto del camino iniciado juntos con *Artesanos de la Providencia* (2022) nos ha llevado a profundizar en nuestra identidad como familia carismática, cuya misión es la de traducir las intuiciones de nuestro fundador en un estilo de vida adecuado a los tiempos actuales.

En sintonía con el camino de la Iglesia, la mirada se ha detenido en los grandes temas de la paz con *Shalom. Brotes de paz* (2023), y de la esperanza *Spes Unica Deus, (2024*).
Con mi carta *La fuerza de los pacientes, el poder de los perdedores* (2025), sentí la necesidad de hacer que nuestro carisma dialogara cada vez más con la situación del mundo contemporáneo, proponiendo la clave de interpretación de la paciencia.

Esta carta del 2026 tuvo su origen precisamente a partir de un diálogo, importante y significativo, con uno de nuestros colaboradores, **Silvio Ciappi**.
Criminólogo y psicoterapeuta, profesor de psicología en la Universidad Salesiana y asesor desde hace muchos años

de nuestras actividades sociales, pero, sobre todo, un amigo de la Obra y cautivado por la extraordinaria actualidad y frescura de nuestro carisma, en medio del deterioro del panorama relacional y educativo de hoy.

Mi idea para esta carta —sobre cómo el carisma de la Paternidad y de la Providencia es hoy la clave más poderosa para **cambiar la narrativa del miedo**, de la guerra y de las decisiones que de ello se derivan— se ha encontrado con la mirada de Silvio Ciappi, atenta y entrenada para observar las miserias de la interioridad del ser humano.

Y así nació este texto escrito a cuatro manos.
Les advierto que no será un camino fácil, porque toca las fibras más profundas de nuestro actuar y, más aún que el tema de "la fuerza de los pacientes", nos exige una conversión profunda.

Por lo tanto, mi intención es **que esta carta abarque el período que va desde noviembre de 2026 hasta los próximos Capítulos Generales**, que se llevarán a cabo en la primavera de 2028.

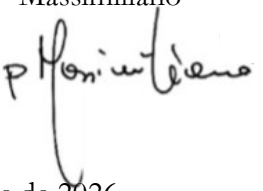
De hecho, el próximo año, toda la Familia Calabriana estará dedicada a la reflexión pre-capitular, y no tengo previsto publicar una nueva carta, **pero este «No teman» seguirá acompañándonos**, obviamente junto con el tema central en torno al cual tomará forma el *Instrumentum laboris* de los Capítulos Generales.

Como siempre, mis palabras, junto con las de Silvio, son solo un tímido intento de evidenciar cómo **la Palabra de Dios es el faro poderoso del que cada uno de nuestros pasos obtiene vigor**, y que se ve aún más fortalecido por la visión carismática de San Juan Calabria, quien con extraordinaria lucidez sabe indicarnos, incluso hoy, el camino por el que debemos caminar.

Creo que esta es una forma significativa de vivir el aniversario de aquella bendición de la noche del 26 de noviembre de 1907, a los primeros 7 «buoni fanciulli» que fueron a vivir a la calle Case Rotte.

No fue un momento romántico, sino una entrega decidida a la Divina Providencia, que **inició en San Juan Calabria una nueva revolución gentil** esa revolución de la Providencia de la cual nosotros, hoy, somos aún todos testigos y custodios.

¡En Cristo los bendigo!
Su hermano y padre
Massimiliano



Verona, 26 de Noviembre de 2026
Aniversario de la Fundación de la Obra

«Me pregunto cuándo será que el hombre
podrá aprender a vivir sin matar
y el viento se calmará»

.

Francesco Guccini
(Cantautor italiano)
de *Canzone del bambino nel vento*
(1967)

INTRODUCCIÓN

1. A todos nos pasa tropezar, caer en nuestra propia vida como hojas cansadas, perdernos, quedarnos inmóviles observando cómo fluye la vida, como un niño que desde su cuna contempla, asombrado y maravillado, el secreto del cielo. Creemos que somos todopoderosos, que podemos vencer a la vida y sus pérdidas. Nos encontramos con la voz apagada, sin deseos, aplastados por la soledad, en un mundo que cuenta a los muertos. Sucede que el miedo se convierte en la única opción posible para enfrentar la vida. Que dejamos de amar la vida. Porque la maravilla se ha acabado.
El miedo nace cuando el hombre ya no confía. Y cuando ya no confía… deja de vivir, de amar, de entregarse.

2. Vivimos en una época de grandes desorientaciones, de jóvenes desencantados y perdidos, de nuevas guerras y totalitarismos, de una economía globalizada y financiera que arrasa con el hombre artesano. Todo esto se traduce en un clima generalizado de desconfianza, de falta de puntos de apoyo; incluso se desvanece peligrosamente esa solidaridad humana que es la base de la comunidad. Y una de las consecuencias es el miedo. Refugiarse en un búnker mientras a nuestro alrededor arde la guerra, y también dentro y fuera de nosotros.

3. Sin duda, la pandemia ha desempeñado un papel en el origen de los temores actuales. No solo eso, sino que

también los conflictos geopolíticos en curso han desencadenado un miedo a lo desconocido, o una angustia, arraigada a nivel existencial. El mundo parece haber perdido parte de sus fronteras. Éstas tienen una doble naturaleza, por un lado, pueden brindar un sentido de identidad y protección, por otro pueden convertirse en barreras que dividen, limitan y excluyen. ¿De qué nos excluyen? Del exceso de libertad, que es un bien de lujo, porque no todos pueden permitirse la libertad. La crisis de identidad genera desorientación, angustia y un miedo generalizado. La sociedad digital se ha insertado en este clima construyendo un mundo virtual donde se «fingen» relaciones y encuentros, una panacea para un mundo caracterizado por el miedo, el aburrimiento y la vergüenza.

El miedo apaga la vida.

4. La vida es la libertad de poder entregarse al otro. Una madre y un niño saben que entre ellos hay un vínculo secreto que los une, el lenguaje secreto de los afectos. Para formar a un ser humano se necesita al menos a otra persona. Se necesitan al menos dos para que nazca un hombre o una mujer. Así se desarrollan la identidad, la autonomía y la confianza. Así se desarrolla la vida.

"No temas —parecen decir esas jóvenes manos de madres—, aquí estoy yo para sostenerte, no pasará nada". El miedo es un cierre hacia el otro, son manos que sueltan el punto de apoyo, el hundirse en una soledad rencorosa.

El miedo es también madre involuntaria de la violencia.

5. El animal asustado corre el riesgo de morder, sucede así también con el ser humano. El resultado es la sospecha, la desconfianza, la conspiración contra todo lo que no se nos parece. El "similar" a nosotros ocupa el lugar del "otro". Quien no comparte con nosotros nuestras mismas características (de etnia, de clase social, de ideas) se convierte en «enemigo». El miedo genera enemigos invisibles: los pobres, los desheredados, las masas de personas que llegan del mar o de tierras arrasadas por el odio.

6. También se puede ser violento "por delegación". Delegar la violencia en un líder y no ejercerla directamente. La crueldad también consiste en armar a otro y preferir no ver, permanecer indiferente.
Cuando el hombre ya no confía, el peligro es identificarse con el líder o el dictador de turno que se determina el curso de la historia. Este concepto es la base de los totalitarismos, del refugio que busca el hombre abrumado por el exceso de libertad en búnkeres identitarios, en ideologías xenófobas y racistas de intolerancia que desprecian la libertad.

7. El hombre ama más el pan que la libertad, más el milagro y la autoridad que la fe libre y el libre albedrío. Es Dostoievski quien escribe palabras insuperables en *El Gran Inquisidor*, casi un libro dentro del libro que forma parte de *Los hermanos Karamázov*. El viejo inquisidor —nos encontramos en la Sevilla de la Contrarreforma del siglo

XVI— hace arrestar a Jesús, reprochándole que ha venido a traer vida y libertad a los hombres, pero que los hombres no aman ser libres porque aman más a quien les da el pan de la tierra que el pan de los cielos; que la gente necesita a alguien a quien adorar con pruebas tangibles (el milagro), no de una fe basada en la interioridad y la solidaridad, y de alguien que decida por ellos qué es bueno y qué es malo, quitándoles el peso de la responsabilidad. Jesús lo escucha, se acerca al viejo inquisidor y lo besa. Jesús no tiene palabras, solo un gesto. El cardenal, turbado, lo libera diciéndole: *«Vete y no regreses jamás»*.
El gesto de Jesús es el amor como don, es el pan del cielo, es la solidaridad y la no violencia en la tierra.
Es la comunión con el ser humano, incluso cuando te enfrentas a tu peor enemigo.

I. EL HOMBRE DE HOY: NO ES MALO, SINO TEMEROSO

El Ángel dijo a las mujeres:
«No teman, yo sé que ustedes buscan
a Jesús, el Crucificado.
(Mt 28,5)

8. No nos hemos vuelto más malos. Nos hemos vuelto más temerosos.
¿Cuándo hay vida?
Parece preguntarse el personaje de uno de los libros más impactantes de la gran literatura rusa, *Oblómov*, de Iván Gonchárov. Oblómov se queda recostado en el sofá todo el día; ni siquiera su amigo Stolz logra que se levante, ni tampoco Olga, la adorable joven de veintiún años. No se ocupa de nada, nada parece interesarle. No le interesan los periódicos, la política, el mundo entero; incluso mantiene a las mujeres a distancia. ¿Cuándo se vive? —se pregunta Oblómov— ¿antes de hacer algo?
El aburrimiento alimenta el miedo.

9. Oblómov es, en cierto sentido, el prototipo de muchos chicos y chicas de hoy en día, de hombres y mujeres que ya no tienen un propósito. Su aburrimiento es nuestro aburrimiento. El aburrimiento es un bostezo ante el mundo cotidiano, de gente que ya no es capaz de sorprenderse. Si no tienes nada que hacer, si tu vida es «al estilo Oblómov», siempre recostado, es mejor unirse a una manada, ya sea física o digital, unida por intereses

transitorios e instantáneos, como un grupo de WhatsApp o las «amistades» en las redes sociales, una pequeña panacea para una sensación general de aislamiento.
El aburrimiento apaga el deseo.

10. El aburrimiento nos hace anhelar cosas que *no existen*, cosas que ya han sido deseadas por otros. El mero hecho de poseer bienes deseados colectivamente es, en sí mismo, sinónimo de felicidad; esta felicidad (falsa) se percibe en poseer bienes ya deseados, no imaginados, sino puestos a nuestra disposición por el sistema tecnológico. Son deseos que no surgen de la imaginación y, sin imaginación, terminamos deseando solo objetos ya vistos y consumidos.
El aburrimiento marchita el mundo, un mundo que ya no es un estímulo para ser descubierto en su variedad y sus colores. El aburrimiento también forma parte de esa *soledad digital* que ha sustituido las «relaciones» humanas por «contactos» virtuales.

11. Dante describe muy bien el aburrimiento cuando habla de los perezosos en el Infierno; la pereza es, de hecho, una de las variantes del aburrimiento. El castigo dantesco parece exagerado: ¿por qué una persona que se aburre debería merecer el infierno? La respuesta de Dante es drástica: porque el perezoso, al apagar la belleza del mundo, es como si negara la presencia vivificante de Dios en las cosas, como si negara la vida. Todo esto parece encajar muy bien, lamentablemente, también en el mundo de hoy.
El miedo es alimentado por la vergüenza.

A uno le dio cinco talentos, a otro dos,
y uno solo a un tercero,
a cada uno según su capacidad.
(Mt 25,15)

12. Tememos la competencia, el riesgo, terminar entre los perdedores. Entonces, mejor no competir, rechazar las promesas de la vida y enterrar nuestro propio «talento». En la sociedad del miedo somos como soldaditos en una trinchera; nos cuesta salir al descubierto, desnudarnos y mostrar nuestras imperfecciones y vulnerabilidades. La sociedad del miedo alimenta la vergüenza que consiste en sentirse inadecuados y perdedores, sobre todo en el mundo de las redes sociales.

13. En el mundo de los ganadores, los perdedores son desvalorizados. **Incluso el dolor puede solo exhibirse, pero es difícil o escandaloso comunicarlo, porque sentir dolor es cosa de perdedores.**
Pensemos en las nuevas generaciones: en la sociedad «paliativa» (que ha abolido el dolor), hay que rendir, sonreír siempre, seducir, mostrar felicidad.
Ser excluido es una doble condena, ser pobre y estar excluido del mundo de los ricos, que —aparentemente— se ha vuelto cada vez más accesible para muchos.
La fila que se forma para entrar a un local de moda, las redes sociales llenas de videos de gente esperando, un efecto de manada que funciona incluso para comer platillos comunes o para entrar a locales modestos, pero se lo hace para llevarse a casa un video y volver a publicarlo, porque está de moda.

Pocos días después, el hijo menor
recogió todo lo que tenía
y se fue a un país lejano, donde malgastó
sus bienes en una vida licenciosa.
(Lc 15,13)

14. El miedo es el de quedar marginado del mundo, el llamado FOMO (por sus siglas en inglés, en español Miedo A Perderse Algo). Todos han ido a ese lugar, todos han probado esa comida, excepto tú. Comer, al igual que divertirse, se convierte en parte del conocimiento de una ciudad, en formar parte de una *experiencia* donde lo importante es ser visto. Y *si no te ven, no existes*. En el juego de los ganadores, para sentirse vivo hay que estar siempre a la altura. Si no quieres ser excluido, *debes* ser «feliz». De lo contrario, corres el riesgo de ser excluido. Si no logras seguir el ritmo de los ganadores, de los que rinden al máximo, los caminos que se abren son: los de una soledad resentida, una exclusión de la comunidad y el refugio en un mundo digital donde se pierden las relaciones, de ahí la posible aparición de depresiones y otras patologías relacionadas con la exclusión.

15. O el camino es declararle "guerra" al mundo, perder la "confianza" en el ser humano y en la solidaridad humana, y unirse a la manada de los conspiracionistas y los indiferentes, haciendo suyas las ideologías de la guerra, el odio social y la exclusión.

II. EL PRIMER MIEDO: EL HOMBRE QUE SE ESCONDE

Oí tus pasos por el jardín, respondió él,
y tuve miedo porque estaba desnudo.
Por eso me escondí».
(Gen 3,10)

16. **El miedo rompe la relación.**
Aquí nos encontramos ante la primera palabra del hombre después del pecado: no es una justificación, no es una petición de perdón, no es un grito, es una declaración de miedo. En hebreo se dice **yare'**, un miedo que no es una simple emoción, sino una experiencia existencial de ruptura, y de inmediato después viene **va'eḥavè**, me escondí.
El miedo genera de inmediato alejamiento, retraimiento, pérdida de relación. No es secundario que el hombre no diga «he pecado», sino «tuve miedo». Esto significa que, bíblicamente**, el primer efecto del mal no es moral, sino relacional**; la culpa viene después, primero viene la ruptura del vínculo; el miedo es el verdadero exilio originario. Dios no ha cambiado; es el hombre quien cambia su mirada: antes caminaba con Dios en el jardín, ahora lo percibe como una amenaza; el miedo deforma a Dios y, al deformar a Dios, deforma el mundo y a los demás. El miedo rompe la relación.

«La mujer que pusiste a mi lado me dio el fruto
y yo comí de él». El Señor Dios dijo a la mujer:
«Cómo hiciste semejante cosa?». La mujer respondió:
«La serpiente me sedujo y comí».
(Gen 3, 12-13)

17. El hombre asustado busca una madriguera, un refugio, una manada, y la Escritura deja entrever este movimiento en el intento de eludir la responsabilidad: «*la mujer que tú pusiste a mi lado… la serpiente me sedujo…*»; ya es una dinámica de dispersión, de pérdida del «nosotros».
El hombre-animal asustado tiene dificultades para reconocer al otro y se refugia en la manada de sus semejantes, pero lo «semejante» es una construcción defensiva, es aquello que no lo pone en crisis, aquello que no lo obliga a salir.
También en la encíclica *Magnifica Humanitas,* el Santo Padre nos invita a no tener miedo ante lo humano, ante los refugiados y los migrantes «*son obligados a desplazarse a causa de la pobreza, la violencia, el cambio climático y los desastres naturales. El modo en el cual una sociedad los trata muestra si su idea de justicia está guiada por el miedo o por la fraternidad»* (León XIV, *Magnifica Humanitas*, n.º 81).

18. La manada no es la comunidad; la comunidad, en las Escrituras, nace de un llamado y de una promesa, mientras que la manada nace del miedo. La comunidad comparte un pan; la manada comparte un enemigo.
La manada es una pseudocomunión; no es alianza, sino supervivencia; en la manada no hay rostro, sino masa; no hay nombre, sino función; no hay relación, sino reacción. La manada no contempla la dimensión del «nosotros», porque el «nosotros bíblico» nace solo ante Dios; sin el Padre, solo existen muchos «yo» juntos.

Señor, enséñanos a orar, así como Juan
enseñó a sus discípulos». El les dijo entonces:
«Cuando oren, digan: Padre.
(Lc 11, 1-2)

19. Aquí es donde cobra un significado profundo el Padrenuestro, que no es una oración devocional, sino una revolución antropológica; decir *«Padre nuestro»* significa aceptar que el otro es hermano incluso antes de ser elegido, comprendido o amado; no es un sentimiento, sino una decisión teológica.
El prójimo no es aquel que se me parece; el término **plesios** no se refiere a quien se me asemeja, sino a quien está cerca de mí en la realidad concreta de la vida.

Pero un samaritano que viajaba por allí,
al pasar junto a él, lo vio y se conmovió.
Entonces se acercó y vendó sus heridas,
cubriéndolas con aceite y vino; después lo puso
sobre su propia montura, lo condujo a un albergue
y se encargó de cuidarlo.
(Lc 10, 33-34)

20. En la parábola del buen samaritano, Jesús da un giro radical, el prójimo no es quien está cerca de mí, sino aquel que se me acerca; la cercanía no es una condición, sino un movimiento, y este movimiento tiene un alto costo porque implica atravesar la distancia, salir de uno mismo y vencer el miedo primario. Aquí es donde se pone de manifiesto el ágape cristiano, no en la afinidad, sino el atravesar la diferencia.

El pueblo se negó a escuchar la voz de Samuel,
e insistió: «¡No! Habrá un rey sobre nosotros,
y así seremos como todas las naciones.
(1 Sam 8, 19-20)

21. Cuando la humanidad se convierte en un rebaño, busca un líder; es un hecho bíblico constante: Israel, al pedir un rey, es un pueblo que tiene miedo; el miedo siempre exige un líder fuerte, un garante, alguien que asuma el riesgo en mi lugar, y eso es lo contrario de la fe. **La fe no elimina el miedo, sino que lo atraviesa.**

III. DIOS NOS ENSEÑA A NO TEMER

El Señor se apareció a Abraham junto al encinar
de Mamré, mientras él estaba sentado a la entrada
de su carpa, a la hora de más calor.
(Gen 18,1)

La hospitalidad:
cruce de caminos
(Edmond Jabès,
El libro de la hospitalidad)

22. La Escritura está atravesada por un imperativo que se repite como un hilo conductor el no temas —en hebreo, **al tira'**—; no es un consejo, sino una palabra creadora. Dios no describe una condición, sino que genera una posibilidad; no formula una teoría, sino que realiza una historia.
«No temas» a Abraham en la oscuridad de la promesa no cumplida…
«No temas» a Moisés frente al mar sin salida…
«No temas» a los profetas llamados a decir palabras que nadie quiere escuchar…
La intuición unificadora es que Dios no elimina el riesgo, sino que nos enseña a confiar en medio del riesgo.

El será para ustedes como uno de sus compatriotas
y lo amarás como a ti mismo,
porque ustedes fueron extranjeros en Egipto.
(Lv 19,34)

23. Aquí entra de manera decisiva el tema de la hospitalidad. El Antiguo Testamento se basa en una antropología del paso: Abraham es un nómada, Israel es un pueblo en éxodo, la tierra prometida siempre se recibe y nunca se posee de manera definitiva, el hombre bíblico es, por naturaleza, un huésped y, por eso, la hospitalidad no es un gesto moral, sino una forma de fe.
Acoger al extranjero significa reconocer que yo también lo he sido: «El será para ustedes como uno de sus compatriotas y lo amarás como a ti mismo, porque ustedes fueron extranjeros en Egipto»: **la hospitalidad es memoria encarnada.**

24. En un mundo marcado por naufragios, guerras y migraciones forzadas, la hospitalidad cobra una actualidad dramática; no es un tema social, sino un criterio teológico, la humanidad es una encrucijada de caminos.
Todos estamos hechos de la misma sustancia frágil y vulnerable. La raíz **«humus» nos** remite a la tierra, en la visión bíblica no existen identidades cerradas, sino identidades en relación: el camino se hace al caminarlo y no se posee.

25. **Dios no nos pide que seamos fuertes**; esta es una corrección decisiva también para una espiritualidad distorsionada; Dios no crea héroes, sino hombres capaces de confiar.

En el carisma de San Juan Calabria esto es fundamental, la Providencia no es un concepto, sino una relación vivida; es el abandono real en las manos del Padre.
Dios nos pide
que **confiemos**, es decir, que vivamos sin controlarlo todo,
que **extendamos las manos**, es decir, que salgamos de nosotros mismos,
que **compartamos**, es decir, que entremos en la lógica del don,
que **no enterremos el talento**, es decir, que no vivamos a la defensiva,
que **ampliemos los horizontes**, es decir, que no reduzcamos la vida al miedo,
que **nos sintamos en camino**, es decir, que aceptemos lo inconcluso.
La Providencia no elimina la incertidumbre, sino que la habita.

No temas. Ve a hacer lo que has dicho...
Porque así habla el Señor, el Dios de Israel:
El tarro de harina no se agotará
ni el frasco de aceite se vaciará...
(1 Re 17, 13-14)

IV. JESÚS: «NO TENGAN MIEDO»

Entonces se desató un fuerte vendaval,
y las olas entraban en la barca, que se iba llenando
de agua. Jesús estaba en la popa,
durmiendo sobre el cabezal.
(Mc 4, 37-38)

26. Aquí llegamos al meollo, el «no tengan miedo» de Jesús no es psicológico, no es un aliento emocional, es revelación: en la tormenta, en las aguas, en la resurrección. La palabra es la misma, pero el contexto es siempre el límite, el caos, la muerte. La intuición decisiva es que Jesús no elimina la tormenta, sino que se hace presente en medio de ella.

27. El miedo habita en el reino de lo no vivido, el siervo que tiene miedo esconde el talento; Pedro, que tiene miedo, se hunde; los discípulos que tienen miedo huyen; el miedo paraliza el movimiento de la vida, pero el Evangelio introduce una ruptura con esta lógica totalmente humana del miedo: la vida no se salva evitando el riesgo, sino atravesándolo.

Muchos lo reprendían para que se callara,
pero él gritaba más fuerte:
«¡Hijo de David, ten piedad de mí!».
(Mc 10,48)

28. Hay hojas que no quieren caer nunca, y esta es la imagen de una resistencia existencial. El Evangelio está

lleno de estas figuras: la viuda obstinada, la mujer hemorroisa, el ciego Bartimeo; personas que no se resignan, porque lo que salva a un hombre no es la ausencia de miedo, sino el valor de exponerse.
«No tengan miedo» significa que pueden vivir; no es una condición psicológica, sino la posibilidad de la fe; sin esta palabra, el hombre permanece encerrado en su propio yo.

29. Las personas de hoy en día se sienten oprimidas por una forma de miedo más sutil: el de estar constantemente compitiendo y, por consiguiente, el de no ser lo suficientemente buenos. El Evangelio desactiva este mecanismo porque la vida es un regalo y no un rendimiento.
El individuo moderno no está oprimido por un tirano externo, sino que se explota a sí mismo, en un intento por ser cada vez más «eficaz» y «optimizado».

30. El dolor no se elimina, sino que se transfigura, se convierte en un lugar de conocimiento, las heridas se vuelven rendijas, la Providencia no evita la herida, sino que enseña a interpretarla como un lugar por donde pasa Dios.
Si eliminamos el dolor, también eliminamos la capacidad de amar; la anestesia moral es una de las formas más peligrosas del miedo contemporáneo.
No tener miedo: la condición para creer y vivir.

31. ¿Qué significa no tener miedo? Significa volver a la vida, a los límites que la vida impone, aceptar la vida tal

como es, incluso con sus límites, con los sufrimientos y el dolor.
Pero el dolor —como enseñaban los griegos— puede enseñarnos algo. El sufrimiento nos enseña mucho más que la felicidad. Nuestras heridas pueden convertirse en maravillosas «rendijas» para ver las heridas de los demás.

32. Este dolor también es necesario para que podamos encontrar la alegría. Al mismo tiempo, cuando no somos capaces de esperar y experimentar la renuncia, nuestros deseos se convierten en exigencias.
La espera y el dolor nos hacen parte de una humanidad compartida. Nos dan el impulso para volar, para imaginar redenciones posibles, para que la felicidad sea más plena.

33. No debemos tener miedo a la vida; debemos acostumbrarnos a aceptarla tal como es, porque es un regalo maravilloso. Si logramos ver la vida también en sus aspectos de precariedad, fragilidad, inocencia e indefensión, podemos percibir su carácter sagrado.

«Con sólo tocar su manto, quedaré curada».
Jesús se dio vuelta, y al verla, le dijo:
«Ten confianza, hija, tu fe te ha salvado».
Y desde ese instante la mujer quedó curada.
(Mt 9,21-22)

V. EL MIEDO BLOQUEA LA VIDA

Por eso tuve miedo y fui a enterrar tu talento:
¡aquí tienes lo tuyo!"
(Mt 25, 25)

34. El camino por el que corremos el riesgo de caminar tiene una orientación trágica, del miedo a la defensa, de la defensa al cierre, del cierre a la esterilidad.
El primer problema no es el mal, sino la vida estancada; esta es una clave teológica decisiva.
En el Evangelio, lo que se reprende no es tanto el pecado, sino la esterilidad, el talento escondido, la red que no se ha echado, el paso que no se ha dado.
El miedo genera defensa, la defensa genera cierre, el cierre genera esterilidad; es una dinámica casi inevitable si no interviene una palabra que la interrumpa.
La vida estancada es una vida que ha dejado de confiar. Cuando la vida se estanca, surge el pensamiento obsesivo; la vida ya no se vive, sino que se controla, y el control es siempre una forma de miedo.

Conocerán la verdad y la verdad los hará libres
Por eso, si el Hijo los libera,
ustedes serán realmente libres.
(Gv 8, 32;36)

35. Aquí surge el tema de la **libertad.**
La libertad da miedo porque es un exceso y, por eso, el hombre trata de reducirla, construyendo sistemas de defensa, pero al hacerlo pierde la vida.

La libertad necesita de la compasión, y esta es una dimensión profundamente evangélica y calabriana.
La libertad no es individualista, sino relacional: uno es libre cuando reconoce en el otro no una amenaza, sino una revelación.

Al verla, el Señor se conmovió y le dijo:
«No llores». Jesús dijo:
«Joven, yo te lo ordeno, levántate».
El muerto se incorporó y empezó a hablar.
Y Jesús se lo entregó a su madre.
(Lc 7, 13-15)

36. La **ternura** es un acto radical; consiste en deponer las armas ante la existencia del otro; no es debilidad, sino fuerza desarmada. La libertad se convierte así en «libertad para», ya no es «libertad de» algo, sino libertad para alguien.

37. Este es el paso de la defensa al cuidado, y aquí encontramos el corazón del carisma: convertirnos en hombres y mujeres que confían en la Providencia significa convertirnos en hombres y mujeres que no viven a la defensiva, sino en la entrega.
El miedo cierra, la Providencia abre, y toda la vida cristiana se juega precisamente ahí.

VI. EL MIEDO HACE QUE DEJEMOS DE AMAR

Jesús le dijo: «Guarda tu espada,
porque el que a hierro mata a hierro muere.
(Mt 26, 52)

38. **Cuando el ser humano desconfía, se defiende. Cuando se defiende, deja de amar.**
El miedo reside en la desconfianza, en el temor a que el otro pueda dominarnos, mutilarnos o privarnos de algo que nos pertenece. Cuando la vida deja de vivir, se arma de miedos. Es como si la vida se defendiera de sí misma.

39. Para Jesús, el antídoto contra la muerte no debía ni podía ser el miedo, sino la libertad del alma, del espíritu que llevamos dentro, del amor. Enseñó que se puede morir incluso mientras se vive. Fue Él quien le dijo a su pueblo que el su Dios no era un Dios de muertos, sino el de los vivos.

¿No han leído la palabra de Dios, que dice:
"Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac
y el Dios de Jacob"? ¡El no es un Dios de muertos,
sino de vivientes!». La multitud, que había oído esto,
quedó asombrada de su enseñanza.
(Mt 22, 32-33)

40. Confiar es el primer gesto relacional que el niño aprende al llegar al mundo. Necesita las manos de su madre que lo protejan, que no solo satisfagan sus necesidades, sino que le brinden esa cálida ternura que todo ser humano necesita.

Si el niño experimenta la confianza, naturalmente aprenderá a descubrir el mundo, a amarlo y a saber tolerar sus inevitables frustraciones. La confianza son ojos inocentes con los que mirar el mundo.

41. Confiar es dejarse sorprender por los pasos de huéspedes inesperados, de vecinos y de viajeros.
Es volver a ser capaz de maravillarse, de rechazar la indiferencia ante el dolor.
Es acoger en el corazón a la pequeña "Hope", hija de una embarcación y de una violación, y no cerrar la puerta a los tantos huérfanos que llegan del mar.
Confiar es el valor de los pacientes y la libertad del corazón.
¿Cuántas veces nos hemos caído y luego nos hemos levantado?

Solo así la confianza nos salva de las ambigüedades del mundo, de sus complicaciones. La confianza nos abre al mundo.

Cada uno es tal como es su amor.
¿Amas la tierra? Serás tierra. ¿Amas a Dios?
¿Qué puedo decir? ¿Que serás Dios?
(San Agustín, Comentario a la Primera Carta de Juan, Tratado II, 14)

42. Eres lo que amas.
Hay una línea profunda y antigua que recorre la tradición de los Padres de la Iglesia y que ilumina, de manera sorprendentemente actual, el tema del miedo.

No se trata de una reflexión marginal sino de una intuición central, el miedo no surge ante todo, de las circunstancias, sino de la forma en que el hombre ama.

43. San Agustín lo dice con una claridad desarmante: al hombre no lo define simplemente lo que piensa, sino lo que ama. Y cuando el amor es desordenado, cuando se ama mal, surge el miedo. No porque el mundo se haya vuelto de repente más peligroso, sino porque el corazón se ha apegado a lo que se puede perder.
Si amas lo que es frágil como si fuera absoluto, vivirás inevitablemente con el miedo de perderlo. Si basas tu vida en cosas pasajeras, vivirás con la angustia de perderlo todo.

44. El miedo, desde esta perspectiva, no es más que la sombra de un amor equivocado. No es una emoción que haya que eliminar, sino una señal que hay que interpretar. Te dice dónde has puesto tu corazón.
Agustín no nos invita a no amar, sino a amar bien, porque solo un amor ordenado nos libera del miedo.

Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios,
es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios,
con todo tu corazón, con toda tu alma
y con todas tus fuerzas... para ser feliz e ir a tomar
posesión de la hermosa tierra que él prometió
con un juramento a tus padres.
(Dt 6, 4-5;18)

45. Amar a Dios no significa refugiarse en lo religioso, sino encontrar el equilibrio adecuado en todas las cosas. Cuando Dios está en el centro, todo lo demás se puede amar sin ser poseído, se puede vivir sin defenderlo obsesivamente.
Y así, el miedo se relativiza, no porque la vida se vuelva más fácil, sino porque ya no necesitas aferrarte a todo. La libertad nace de ahí: de la posibilidad de amar sin ser esclavo de lo que amas.

46. Esta intuición agustiniana se encuentra, de diversas formas, en toda la tradición de los Padres.
Los Padres del desierto, hombres radicales que decidieron despojarse de todo para buscar lo esencial, llegan a una conclusión igualmente clara: quien no posee, no teme. No se trata de una invitación a la pobreza como ideal ascético en sí mismo, sino de una interpretación lúcida de la condición humana. Poseer significa atarse, y todo vínculo posesivo genera miedo. Miedo a perder, miedo a que te roben, miedo a ser amenazado. Cuanto más se acumula, más crece la ansiedad por defender lo que se ha acumulado. Y así, la vida se convierte en una estrategia de continua protección.

«La libertad y el gozo íntimo del alma
son fruto de la pureza auténtica
y del desapego de las realidades ligadas al tiempo»
(Sant'Antonio Abate)

47. Los Padres desenmascaran esta dinámica: no es la carencia lo que genera miedo, sino el apego.
El hombre que no tiene nada que perder es un hombre libre. No porque no le importe la vida, sino porque no es prisionero de lo que posee. Su seguridad no está en las cosas, sino en una relación que no le pueden quitar. En este sentido, la pobreza evangélica no es privación, sino liberación del miedo.

«No sé si alguien ha logrado alguna vez no disfrutar
de los elogios. Y, si los disfruta,
naturalmente quiere recibirlos.
Y si quiere recibirlos, no puede evitar sentirse
profundamente angustiado cuando los pierde»
(San Juan Crisóstomo, Tratado sobre el sacerdocio, Libro V)

48. Al mismo tiempo, los Padres no son ingenuos. Saben que el miedo no solo está relacionado con los bienes materiales, sino también con el juicio, el reconocimiento y la imagen de sí mismo.
Juan Crisóstomo insiste en un punto decisivo: el hombre teme porque vive bajo la mirada de los demás. Necesita aprobación, consenso, reconocimiento, y esto lo hace frágil. Basta una mirada desfavorable, una palabra, un juicio, para desestabilizarlo. El miedo aquí surge de una dependencia: vivir para ser visto.

49. Y así, la libertad evangélica se convierte también en libertad frente al juicio ajeno. No es indiferencia, pues, sino poseer un arraigo más profundo.

Cuando tu valor ya no depende de la mirada de los demás, sino de una mirada que te precede y te da sentido, entonces puedes vivir sin miedo a ser desenmascarado, excluido o rechazado.

«Quien se eleva ya no es retenido
por ningún miedo servil, sino que, dejando atrás
el sentimiento del temor, avanza en el amor
hasta alcanzar la perfección del alma»
(Gregorio de Nisa, Vida de Moisés, II, 320)

50. *Gregorio de Nisa* introduce otra intuición fundamental: el miedo a menudo es señal de un conocimiento incompleto de Dios. El hombre teme a Dios cuando realmente no lo conoce de verdad, cuando lo percibe como un límite, como control, como una amenaza. Pero cuando entra en una relación más profunda, cuando descubre que Dios no está "en contra" de él sino "a favor" suyo, el miedo deja espacio a una forma diferente de temor, que los Padres llaman "temor filial". No es el miedo del esclavo, sino el respeto del hijo. No paraliza, sino que es generativo. No cierra, sino que abre. Es el reconocimiento de una grandeza que no aplasta, sino que sostiene. Aquí se juega una distinción decisiva: la fe no elimina el temor, sino que lo transfigura. Transforma el miedo en relación.

«Las cosas creadas, justamente porque tienen un inicio sucesivo a su creación, deben ser inferiores a quien las hizo... Así como la madre no puede ofrecer desde el principio alimento sólido al recién nacido, porque el niño

todavía no puede recibirlo, así también Dios podría haber ofrecido la perfección al hombre desde el principio, pero el hombre no era capaz de recibirla, siendo todavía un niño» *(Ireneo de Lyon, Adversus Haereses, Libro IV, 38, 1).*

51. Incluso *Ireneo de Lyon*, con su visión profundamente positiva del ser humano, ayuda a comprender la raíz del miedo. Para él, el hombre es un ser en crecimiento, llamado a llegar a ser plenamente sí mismo. El miedo surge cuando este camino se interrumpe, cuando el hombre se cierra, cuando deja de crecer. Es una regresión, un regreso a una condición infantil en un sentido negativo: no la del niño que confía, sino la del hombre que se protege.
La salvación, entonces, no es huir de la realidad, sino madurar. Convertirse en hombres y mujeres capaces de estar en la vida sin ser aplastados por ella.

52. Dentro esta tradición surge una síntesis poderosa**: el miedo no es el problema principal, es un síntoma**. Es la señal de algo más profundo: un amor desordenado, un apego excesivo, un conocimiento incompleto de Dios, una dependencia de la mirada de los demás, un crecimiento interrumpido.
Los Padres no combaten el miedo directamente, sino que trabajan en la raíz. Ordenan el amor, liberan del apego, purifican la mirada, educan para la relación. Y así, sin negarlo, vacían al miedo de su fuerza.

53. Si se observa bien, esta sabiduría antigua converge sorprendentemente con todo el camino que hemos trazado: el miedo nace cuando el hombre no confía, cuando se defiende, cuando retiene, cuando se cierra. Y se vence no con un esfuerzo voluntarista, sino con un movimiento más profundo: aprender a amar en la verdad, a dejar ir, a confiar, a vivir dentro de una relación que no necesita justificarse, porque se dona libremente.

En este sentido, los Padres no ofrecen una técnica para superar el miedo, sino una visión del hombre y de Dios que hace que el miedo ya no sea necesario. Porque cuando el hombre descubre que es hijo, cuando ya no tiene que conquistar todo, cuando ya no tiene que defender todo, cuando ya no tiene que demostrar nada, entonces finalmente puede vivir.

Y vivir sin miedo.

«Mientras exista el temor al castigo,
no existe el amor por la justicia.
Si no haces el mal solo por miedo al castigo,
todavía no amas el bien. Cuando el amor
comienza a habitar en ti, el miedo es expulsado,
porque el miedo hace sufrir y el amor hace disfrutar.
Quien teme es como un prisionero, quien ama es libre;
el miedo aprieta el corazón, el amor lo ensancha»
(S. Agustín, Comentario a la Primera Carta de Juan, Tratado IX)

VII. EL MIEDO DEFORMA A DIOS

"¿Y el Paraíso? ¿Existe un paraíso?
"Creo que sí, señora, pero ya nadie
quiere los vinos dulces".
(Eugenio Montale,
Premio Nobel de Literatura. Paraíso,
en la colección de poemas
"Satura", 1971)

54. Los vinos dulces ya no están de moda; más bien, el mercado está lleno de hiel, de copas amargas, de conflictos, de miedos y angustias cotidianas, de chata indiferencia. Preferimos lo amargo aunque la Providencia nos haya preparado un banquete.
Pensemos en las jóvenes generaciones: aturdidas por la incertidumbre del presente, les cuesta imaginar un futuro, el vino dulce de la providencia y de la esperanza.

«El que beba de esta agua tendrá
nuevamente sed, pero el que beba del agua
que yo le daré, nunca más volverá a tener sed».
(Gv 4, 13-14)

55. Los cálices amargos de la indiferencia, del aburrimiento, de la falta de futuro deforman la imagen de Dios, relegándolo a una mera presencia entre las demás, un 'bien de consumo', en un presente sin esperanza hecho de hombres y mujeres que han renunciado al misterio de la vida.

El miedo no surge como reacción al encuentro con Dios; más bien, a menudo se genera a partir de la imagen preconcebida que nos hemos formado de Él. Deformar la imagen de Dios hace que los hombres y mujeres 'ya no tengan sed'.

> Pero el señor le respondió: "Servidor malo y perezoso,
> si sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo
> donde no he esparcido, tendrías que haber colocado
> el dinero en el banco, y así, a mi regreso,
> lo hubiera recuperado con intereses.
> Quítenle el talento para dárselo al que tiene diez.
> *(Mt 25, 26-28)*

56. En esta aridez, Dios corre el riesgo de parecer un 'amo severo'. La parábola de los talentos nos lo recuerda. El siervo de los talentos tiene miedo porque ve a un amo severo. Si siempre vemos en la autoridad el bastón que golpea, siempre escogeremos asustados la seguridad en lugar de la libertad. Dejaríamos de crear y tendríamos que soportar el peso insoportable de la responsabilidad. En la parábola de los talentos, Dios nos invita a arriesgarnos, porque Dios cree en nosotros más de lo que el siervo cree en sí mismo. El don de Dios, en cambio, es algo que el siervo teme, es una amenaza.

57. El Dios de los vivos no es una amenaza, es una base segura que te dice “ve y enfrenta el mundo”, te impulsa al amor, a la confianza mutua, a asumir la responsabilidad incluso de tus propios fracasos.

La vida se deja vivir, el miedo inmoviliza.
El aburrimiento nos obliga a la inacción, al igual que la vergüenza que nos expone demasiado al juicio de los demás.
De esta manera terminamos por no vivir plenamente la vida que se nos ha dado.

58. **No importa cuánto hayas recibido, sino qué eliges hacer con lo que tienes.**
Para quien lucha toda la vida, para quien ha caído, para quien está solo, para quien a pesar de todo logra volver a empezar y ponerse en marcha, para quien ha aprendido a aceptar la vida tal como es, para quien sabe curar lentamente una herida, para quien no tiene nada pero logra dar… **Para toda esta humanidad, la vida no ha dejado de latir.**

59. Podemos equivocarnos y la verdadera fuerza, como la de Don Quijote, es saber levantarse en la vida, por más absurda e incoherente que nos parezca. Es posible encontrarse a uno mismo, aunque siempre luches y soportes el dolor, porque si vives de verdad, nada se pierde.
Enterrar tus propias capacidades por miedo al juicio o al fracaso es el único error real.

VIII. LO QUE NOS HEMOS CONVERTIDO

60. En estos días el mundo no necesita explicaciones. Ya tiene demasiadas. No necesita análisis, comentarios ni opiniones. Está saturado de ellos.
El mundo necesita hombres libres.
Porque lo que está ocurriendo ante nuestros ojos no es simplemente una crisis geopolítica, no es una fase histórica complicada, no es un momento difícil de interpretar. Es una revelación. Está saliendo a la luz lo que nos hemos convertido.

> Casualmente bajaba por el mismo camino
> un sacerdote: lo vio y siguió de largo.
> También pasó por allí un levita:
> lo vio y siguió su camino.
> *(Lc 10, 31-32)*

61. Vemos las guerras, los bombardeos, los cuerpos bajo los escombros, los niños que mueren, las ciudades destruidas, y seguimos viviendo tranquilamente nuestra vida de siempre. Comemos, trabajamos, organizamos nuestros días, hacemos planes, discutimos sobre cosas secundarias, mientras la vida real se consume frente a nuestros ojos. Este es el punto más dramático. No solo da miedo la violencia. Es la capacidad del hombre para acostumbrarse a la violencia. Hemos desarrollado una forma sofisticada de anestesia moral.
Ya no nos escandalizamos más.
Ya no nos detenemos.
Ya no cambiamos.

Miramos y seguimos adelante. Y esto es mucho más grave que la propia guerra. Porque la guerra destruye los cuerpos, pero la indiferencia destruye al hombre desde dentro.
Nos hace incapaces de sentir compasión, de reaccionar, de sentir.
Nos convierte en espectadores. Y un espectador nunca cambia la historia.

62. Hoy el verdadero problema no es que existan los violentos.
Es que existe una enorme masa de personas que se acostumbra.
Que se adapta.
Que justifica.
Que delega.
Que se refugia en su pequeño mundo para no ser molestada.
Es una forma de supervivencia, claro. Pero también es una forma de rendición. Porque cada vez que nos acostumbramos al mal, perdemos un pedazo de humanidad. Cada vez que no reaccionamos, dejamos que el mal se vuelva normal. Y cuando el mal se vuelve normal, se vuelve invencible.

Edificar un mundo en el que todos puedan "florecer"
exige una corresponsabilidad valiente.
Ninguna mano, por sí sola, basta para sostener
el peso de los desafíos que atraviesa el mundo;
y ninguna es tan débil como
para no poder ofrecer su contribución.
(Leone XIV, Magnifica humanitas*, N.13)*

63. El mundo hoy no necesita gente que explique la paz. Necesita gente que no se acostumbre a la guerra. Que no acepte que todo esto sea inevitable.
Que no reduzca el dolor a un dato estadístico.
Que no transforme la muerte en noticia.
El punto no es entenderlo todo. El punto es no convertirse en cómplice. Y la complicidad más extendida hoy no es la acción, sino la indiferencia.
Es seguir viviendo como si nada pasara.
Es proteger tu propia tranquilidad mientras otros lo pierden todo.
Es no dejarse herir por lo que pasa.
Porque dejarse herir cuesta.
Significa **salir de la neutralidad, tomar posición, cambiar de vida.**
Y entonces preferimos quedarnos seguros. Pero una vida segura, cuando el mundo arde, ya no es vida. Es supervivencia. Y el Evangelio nunca nos llamó a sobrevivir.

IX. LA REVOLUCIÓN DE LA PROVIDENCIA

64. San Juan Calabria no parte del hombre asustado. No analiza el miedo, no lo estudia, no lo psicologiza. Parte de Dios. Y esto ya es un escándalo, porque nosotros siempre partimos de nosotros mismos, de nuestras heridas, de nuestras fragilidades, de nuestros límites, mientras él realiza un giro radical: pone en el centro no el miedo del hombre, sino la fidelidad de Dios. Y desde allí mira todo lo demás.

65. **Si Dios es realmente Padre**, y no solo una palabra religiosa gastada, entonces **la vida no es un campo minado que hay que cruzar con precaución, sino un espacio para habitar con confianza.**

«Oh, queridos, correspondan, correspondan y vivan como hijos dignos de esta Obra, prepárense para cuando salgan al mundo, recuerden bien que les espera una guerra terrible, porque el mundo, la sociedad actual está en tinieblas y la oscuridad no quiere la luz y por eso tendrán que luchar mucho, mucho, pero no teman, saldrán de esta casa con la bendición de Dios, fortalecidos por su divina gracia; ciertamente vencerán y su vida como verdaderos jóvenes cristianos será luz para muchos que viven en las sombras y en la muerte. El pensamiento de esta noche que sea este: Quien confía en sí mismo está perdido, pero quien confía en Dios puede todo. (San Juan Calabria, PENSAMIENTOS Y MAXIMAS, 22-10-1919)

66. Esta es la diferencia decisiva. No un matiz espiritual, sino un cambio de lógica. Porque si Dios es Padre, entonces el miedo no es el destino inevitable del hombre: es el signo concreto de que hemos dejado de confiar.
Don Calabria no construye esta certeza en los libros, sino en la vida concreta, cuando no hay nada, cuando falta el pan, cuando falta el dinero, cuando los chicos llegan de la calle sin nombre y sin historia.
Es ahí donde nace su fe en la Providencia.
No como una idea devota, sino como una experiencia real, verificada, vivida hasta el fondo.

67. La Providencia para él no es un lenguaje religioso para decir "todo irá bien," sino el descubrimiento de que Dios actúa dentro de la realidad, que se sirve de manos, de rostros, de relaciones, que pasa a través de la pobreza y no la evita. Por eso su fe es radical: porque no elimina el riesgo, lo atraviesa. No protege de la precariedad, la asume. No quita el esfuerzo, pero le da un sentido. Y aquí emerge su fuerza carismática: **la vida no es para defenderla, es para confiarla**. Nosotros a menudo defendemos, acumulamos, nos cerramos, controlamos, construimos seguridades, mientras que él confía, expone, entrega, arriesga. No porque sea ingenuo, sino porque ha tomado en serio el Evangelio.

68. A continuación les propongo una homilía completa de san Juan Calabria; creo que nos puede ayudar a entrar

aún más en este concepto que parece fácil, pero que en realidad no lo es, y que, en cambio, es la clave de todo:
69. *«El Santo Evangelio que la Santa Iglesia propone para nuestra instrucción espiritual consiste en contarnos cómo Jesús Bendito, mientras estaba con los suyos en una barca, fue sacudida por una tormenta repentina, de tal manera que la barca amenazaba con hundirse.*

Después Jesús subió a la barca y sus discípulos lo siguieron. De pronto se desató en el mar una tormenta tan grande, que las olas cubrían la barca. Mientras tanto, Jesús dormía. Acercándose a él, sus discípulos lo despertaron, diciéndole: «¡Sálvanos, Señor, nos undimos!».
(Mt 8, 23-25)

Esta barca, queridos, en el que está Jesús con los discípulos, es una imagen del estado de la Iglesia en la tierra: un estado de peligros, de tentaciones, de tormentas, de tempestades.
¡Qué no hizo Satanás al principio para sofocar, destruir la naciente Iglesia de Cristo! Judíos, gentiles, reyes, príncipes, poderosos, magistrados, sacerdotes, pueblo, grandes de la tierra, se levantaron y, unidos en una sola fuerza, hicieron todo lo posible para dañar esta barca, que es la Iglesia.

70. Entonces, queridos, bastaba con solo el nombre de cristiano para armar las manos de los tiranos. Pero esta tormenta, esta lucha, ¿cómo se venció? Con las virtudes, con la paciencia, con la sangre de los mártires, porque como bien dice Tertuliano: la sangre de los mártires era semilla de nuevos cristianos. Y los hijos de quienes la

habían humillado, perseguido, de quienes habían jurado destruirla, hicieron gloria al levantarla, nutrirla, extenderla y defenderla.
No faltan incluso ahora impíos, nuevos tiranos que intentan hacer la guerra a esta barca de Pedro, a la Iglesia de Cristo, pero sus esfuerzos son y serán inútiles, porque Jesús dijo: "Las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra ella". Los enemigos pasan, mueren y la Iglesia permanece. Pero lo que más aflige a la Iglesia es la guerra que le hacen muchos de sus hijos, es decir, muchos cristianos, criados, educados, alimentados por esta tierna madre, cuando podrían consolarla con su vida verdaderamente evangélica, con sus virtudes; en cambio, la traspasan con sus escándalos, con sus tristes ejemplos. Ustedes, queridos, ustedes, hijos, procuren siempre vivir como hijos obedientes de esta Madre. Nuestra vida sea un continuo recordatorio, una luz constante que sirva para iluminar a muchos de nuestros hermanos que continuamente entristecen a esta Madre.

71. *En esta barca también se representa nuestra alma. Mientras vivamos en este mundo, siempre estaremos sujetos a vientos contrarios, a tormentas horribles. La vida del cristiano es una vida llena de cruces, contradicciones y peligros. Sigamos adelante con ánimo, con constancia, que los dolores y sufrimientos no nos derriben, porque estos son escalones que nos hacen ascender al Tabor, es decir, al cielo. De hecho, tengamos bien presente que si queremos ser verdaderos seguidores, verdaderos amigos de Jesús, debemos sufrir y sufrir mucho.*
Los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento han sido despreciados, exiliados, calumniados y condenados a muchos tormentos. Han sufrido burlas —dice San Pablo—, azotes, cadenas, prisiones; han sido apedreados, aserrados, tentados y

pasados a filo de espada». ¡Miren, queridos, eso es lo que les espera a los cristianos! Y qué tormentas y qué luchas, qué contradicciones, qué sufrimientos, deben soportar quienes abandonan el mundo para seguir a Jesús!

72. *Oh, queridos hermanos, nuestra misión es sublime, es divina, y por ser así, deben soportar, deben padecer: padecer internamente, padecer externamente. Esto es lo que nos dice San Pablo: "Todos los que viven en Cristo deben sufrir muchas persecuciones". Pero ánimo, porque no estamos solos, con nosotros está Jesús. Si alguna vez parece que este Jesús duerme, tengamos presente que en esa apariencia de sueño, Jesús vela aún más, ¡solo hace falta que vivamos con fe, siempre fe! Saben, queridos, ¿cuándo duerme realmente Jesús? Cuando nuestra fe está lánguida, está adormecida. A veces parece que Jesús duerme, entonces, queridos, es tiempo de prueba: más fe, más fe.*
Que no tengamos que escuchar ese reproche de Jesús: "Gente de poca fe, ¿por qué temen?". Si hasta ahora no hemos sido personas de fe, bueno, seámoslo de ahora en adelante, y cuando nos sintamos atacados por la tormenta, imitemos a los Apóstoles, acerquémonos a Jesús, y Él con su divina Palabra calmará esa tormenta, y nos sentiremos fuertes y tranquilos, y seguiremos adelante, siempre adelante en nuestra santificación. Pero esta santificación será tanto más verdadera cuanto más nos abandonemos en Dios.
Demos, les digo con San Agustín, demos carta blanca al Señor, dejémonos guiar en todo, y todo procederá para nuestro bien. ¡Fe, confianza extrema en Dios! Unámonos con Job que protesta que ni la muerte le quitará la confianza en Dios, y he aquí que Dios

lo consuela cambiando las adversidades y los dolores por prosperidad.
(San Juan Calabria, COMENTARIO AL EVANGELIO, Domingo IV después de la Epifanía)

73. En este pasaje se entiende muy claramente que la fe de la que habla don Calabria no es una devoción intimista ni una simple virtud espiritual. Es una forma concreta de estar en la vida. Porque el miedo, cuando toma el corazón del hombre, siempre lo lleva a cerrarse: a defenderse, a retener, a seleccionar quién merece y quién no. La confianza, en cambio, abre. Expone. Desarma.

74. Por eso, en la espiritualidad calabriana, la Providencia no surge lejos de la fragilidad del mundo, sino precisamente dentro de ella. No en situaciones perfectas, sino en la barca agitada por la tormenta. No fuera de la pobreza, sino dentro del encuentro con ella. Es precisamente allí donde el Evangelio deja de ser teoría y se convierte en carne, relación, confianza diaria.

75. Esto también cambia la forma de mirar al pobre. El pobre no es un problema social, no es una emergencia que haya que gestionar, no es una molestia que haya que contener.
El pobre es el lugar donde Dios te educa a la confianza.
Es ahí donde aprendes a no tener miedo. Porque el pobre te despoja, te quita las defensas, te obliga a salir de ti mismo, te fuerza a vivir relaciones verdaderas. Y entonces

comprendes que la seguridad no está en las cosas, sino en los lazos; no en el control, sino en la confianza.

76. *«La Obra de los Pobres Siervos es grande ante la mente de Dios, hasta ahora hemos estado al principio, veréis lo que el Señor hará, pero el secreto para cumplir lo que quiere el Señor está en esto: Vivir nuestro espíritu genuino, que consiste en una gran fe, en un gran amor por el Señor y las almas, profunda humildad, convencidos de nuestro nada y miseria, plena confianza en Dios que nos asiste y que está siempre cerca, pensando que somos suyos, y suyos primero para nuestra santificación personal, y luego para las almas, especialmente aquellas más pobres, abandonadas, desamparadas, porque estas son las predilectas de Dios y para nosotros deben ser nuestras gemas, las perlas más preciosas.*

77. *Querido padre Stanislao, Cristo ama las almas y quiere que nosotros también las amemos. Jesús dio su vida por ellas y quiere que nosotros también demos la nuestra, si es necesario; hazte todo para todos, para ganar a Jesús para todos. Te recomiendo especialmente a los niños, los pobres niños, la Obra desde el principio nació con estas queridas almas. La palabra de Jesús nos debe servir de advertencia: dejen que los niños vengan a mí; ¡ay de aquel pobre siervo que descuidara a esta porción elegida del divino Pastor!*

78. *Con los niños, te recomiendo a los pobres y sé que tienen muchos de estos predilectos de Dios, sobre todo los más pobres, ignorantes, abandonados, ¡es Jesús quien habla! El espíritu del Señor está sobre mí porque Él me ha enviado a evangelizar a los*

pobres. Don Stanislao, te recomiendo a los pobres, amar su pobreza, serán ingratos, compadécelos, ámalos, son de Jesús y tarde o temprano irán a Él. Si los pobres, si las almas no vienen a nosotros, no, no lloremos, no hagamos lamentos inútiles, vayamos nosotros a ellos por montes y valles, entre espinas y maleza en busca de estas ovejitas, empleando todos los medios, buscando todas las ocasiones, soportándolos con paciencia, rezando, sacrificándonos. Jesús estará con ustedes, con nosotros, y un día bendecirá y salvará sus almas».
(San Juan Calabria, Carta a Don Stanislao Pellizzer, 7-6-1938)

79. Y entonces se entiende que, para don Calabria, **la Providencia** nunca fue una teoría espiritual ni un consuelo religioso para tiempos difíciles. Fue una **forma concreta de existencia evangélica**. Una elección radical de estar en el mundo sin dejarse gobernar por el miedo a la escasez.

80. Por eso toda su insistencia en los pobres no nace de una filantropía social, sino de una visión teológica profundamente arraigada: **los pobres no son simplemente destinatarios de la misión, sino el lugar donde Dios guarda el corazón del Evangelio**. Es junto a los pequeños, los últimos, los "abandonados y desamparados" que el hombre descubre si realmente cree en la paternidad de Dios o no. Porque ante el pobre caen inevitablemente las máscaras de la posesión, de la eficiencia, del cálculo y de la autosuficiencia.

81. Y ahí queda solo una pregunta decisiva: **¿realmente confiamos en el Padre?** Don Calabria había intuido que la crisis más grande no sería la pobreza material, sino la pérdida de la confianza. Por eso pedía a sus religiosos no simplemente ayudar a los pobres, sino incluso amar su pobreza, es decir, reconocer dentro de esa fragilidad una posibilidad de Evangelio, un camino de conversión, **casi un sacramento de la Providencia.**

82. La Providencia entonces, en la visión calabriana, no es un milagro extraordinario, sino la trama cotidiana de la vida compartida.
Es el pan que se convierte en mesa, es la casa que se convierte en familia, es lo poco que se convierte en suficiente.
Es una **revolución silenciosa** pero muy poderosa, porque desmonta la lógica del miedo desde la raíz.
Quien vive de la Providencia no es alguien que no tiene problemas: es alguien que no se deja determinar por el miedo. Es alguien que sigue viviendo, amando, entregándose, incluso cuando todo sugeriría encerrarse.

83. Y esta es una postura profundamente profética hoy, porque en un mundo que se defiende, que se arma, que se cierra, que selecciona, que excluye, la **confianza se convierte en un acto subversivo.**
Confiar es ir contra corriente.
Confiar es exponerse.
Confiar es elegir vivir sin búnkers interiores.

Entonces, la verdadera pregunta no es si tenemos miedo, sino si queremos seguir viviendo así. Porque la **Providencia no elimina el miedo, sino que lo hace inútil.**

X. TENER FE

> Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al dueño del albergue, diciéndole: "Cuídalo, y lo que gastes de más, te lo pagaré al volver"
> *(Lc 10, 35)*

84. **El miedo nace cuando el hombre no confía. La fe no es una idea, es una confianza real.** Confiar significa asumir una responsabilidad, ser responsable. Como en la parábola de los talentos, a menudo pensamos que confiarse significa "soltar" y dejar que alguien más haga el trabajo. Si alguien te confía un bien valioso (una vida humana, un proyecto, una misión, una esperanza) lo hace porque confía en tu capacidad de gestionarlo, y entonces no puedes quedarte de brazos cruzados. Te pide que te hagas cargo, que seas responsable, que tomes riesgos.

85. La responsabilidad es la respuesta a la fe. Ser responsables nos lleva a ensuciarnos las manos con quienes nos piden ayuda, a luchar y arriesgar porque quien no lucha por algo ya ha perdido.
Quien entierra su propio talento, por pequeño que sea, entierra la vida. Para vivir podemos aceptar que podemos perder, ser vulnerables, pero que aun así valga la pena arriesgar la vida.

85. **Confiar en Dios o en la vida no exime de la responsabilidad de hacer nuestra parte.** El miedo nos hace olvidar que cada uno tiene un papel que desempeñar

en este mundo. Nos hace olvidar que cada vida importa, que la muerte de un niño nunca es simplemente una cuestión de azar y que la verdadera libertad significa saber poner límites a la propia libertad y respetar la de los demás. El miedo, en cambio, no tiene límites, inunda cada aspecto de la vida.

86. **Lo contrario de la fe no es la duda. Es el miedo.** Lo contrario del miedo no es el coraje, sino la libertad. Para ser valiente hay que ser libre, y la libertad significa apostar por una manera de entender la vida que sea tuya, tu mejor manera de ser.

87. La libertad también está emparentada con la *belleza*, quizás ella misma sea belleza. Lo opuesto exacto de la lógica de la manada. Si eres libre, no necesitas un rebaño, ni un pensamiento colectivo. Puedes unirte a otros hombres libres, abiertos, listos para mirar hacia adelante, con fuerza.

La fe se convierte entonces en una de las formas en que se manifiesta la libertad.

La fe se convierte en libertad del mundo ilusorio de la aldea global, de los miedos que encadenan al individuo a la manada. La fe se convierte en confianza, es decir, aquello que permite superar la incertidumbre. Sin confianza, la libertad seguiría paralizada por la duda; confiar significa elegir actuar a pesar del riesgo. Significa no tener miedo. Significa mirar las estrellas en el cielo y pensar que nunca caerán. Que siempre habrá una pequeña luz en el silencio del cielo.

88. **Confiar es una oración.** En arameo, 'amén' también significa 'creer', 'confiar', 'apoyo', pero con la misma palabra también se indican los postes de la puerta y las manos firmes de un artesano.

XI. UBUNTU

Vengan a mí todos los
que están afligidos y agobiados,
y yo los aliviaré.
(Mt 11,28)

89. ¿Y entonces qué hacer? Si queremos escapar de la manada que alimenta el miedo, de los sentimientos devastadores de aburrimiento y vergüenza, de identificaciones peligrosas con líderes de manada que fomentan políticas de miedo y desprecio, debemos volver a la elementalidad de los sentimientos. La manada es una reducción a un estado anterior, un regreso al inicio del camino de la humanidad. Es la unión de animales-hombre que tiene como única satisfacción destrozar a la presa; no hay espacio para poder afirmar "su dolor también es mi dolor", "su felicidad también es mi felicidad".

90. Para escapar de las manadas, de las ideologías totalitarias, la fe nos indica **el camino de la libertad, la paciencia, la amabilidad y la ternura**, verdaderos ejes con los que entender el camino de la vida.
La ternura es la postura de:
alguien que se queda…
alguien que no se defiende…
alguien que no huye…
… porque no tiene miedo.

En una época que tiende a acelerar y a fragmentar,
la carne humana sigue pidiendo ser cuidada
y reconocida por manos capaces de ternura,
por mentes atentas y buenas palabras.
(Leone XIV, Magnifica humanitas*, N.239)*

91. La **ternura** es acoger al otro en su humanidad, en su diversidad, es enfrentarse con la inocencia y la indefensión de la vida, con su valor, es un ojo abierto hacia la creación, hacia todos los seres sintientes, que nos hace ser parte de una comunidad y de una humanidad compartida. Estamos invitados a amar a quien nos es cercano, a quien está cerca de nosotros incluso si es difícil acercarse a quien no desearíamos, a quien no es como nosotros.

92. Este es el verdadero desafío del mensaje original de Jesús: **acercarse, es decir, hacerse próximo y prójimo a cualquiera** porque estamos hechos de la misma sustancia.
Basta un rayo de son para vencer el miedo y estar juntos, basta un círculo de personas para comenzar a dialogar.
Para tener fe necesitamos tenerla juntos.
La confianza es indispensable en la presencia del otro.
No estamos hechos para estar solos.

93. **¡Ubuntu! 'Yo soy porque somos nosotros'**.
Así es exactamente como se dice, en lengua bantú, este sentimiento colectivo de pertenencia a una humanidad compartida.

No puedo estar bien si mi prójimo sufre.
El camino del perdón y de la reconciliación es la única vía de la humanidad.
"Ubuntu" es el camino recorrido por el Arzobispo sudafricano y Premio Nobel de la Paz Desmond Tutu cuando, para 'sanar' su nación después de la terrible experiencia del apartheid, indicó no el camino de la 'venganza' sino de la recuperación del diálogo, de la no violencia y de una justicia reparadora.

94. La Providencia, en este sentido, no está solo en la ayuda del Cielo, sino sobre todo en la acción cooperativa y solidaria de los hombres entre sí.
Dios necesita manos unidas.
La Providencia se realiza en la Comunidad: es la comida para uno que se convierte en mesa común.

95. La Providencia nos ofrece **una revolución gentil** respecto a los tiempos que vivimos.
Nos obliga a cambiar de perspectiva.
Nos dice que el hombre nació altruista.
Nos dice que el compartir y la pertenencia común pueden vencer los egoísmos y el miedo.

96. Debe haber habido un momento en la historia del mundo en que los hombres empezaron a cuidarse unos a otros. Probablemente, hace muchísimos años, algunos hombres se reunieron y se miraron, sentados en círculo: solo así podrían vigilar una amenaza a sus espaldas. Cada uno de ellos se convirtió en garante de la seguridad de los

demás y, lo que hasta entonces habían sido presencias, se convirtieron en rostros. Los unos reconocieron en los otros su propia esencia de hombre. Se reconocieron. Este primer acto de *reconocimiento* mutuo marcó lo que muchos años después sería la idea de justicia.

97. Los *hombres-en-círculo* desarrollaron ideas de semejanza y diversidad con las miradas que encontraban. Surgió la idea de sociabilidad y de similitud y diferencia. Lo que tenían delante de los ojos ya no era un simple animal biológico, también se había convertido en persona.
Los *hombres-persona* podían mirarse, sonreír, fruncir el ceño, distraerse, darse la mano, entrar en conflicto. Aprendieron a comunicarse. Cada uno descubrió quién era gracias a las reacciones del otro, se buscaron mutuamente, comenzaron a desearse y también a temerse, aprendiendo a dominar o a defenderse. La mirada del otro se convirtió en la única forma de poder aparecer.

98. El paso del animal-hombre al hombre-persona constituyó un segundo nacimiento para estos primeros hombres. Uno se convirtió en reflejo de los sentimientos del otro, espejos en los que empezaron a resonar sentimientos de similitud, de amor, de cuidado. Empezaron a unir sus fuerzas, renunciando momentáneamente a las razones del "mío" y del "tuyo" y nació la idea de paz.
La paz es uno de los nombres de la justicia.
La paz también es uno de los nombres de la Providencia.

La paz es el nombre de gente que ha vuelto a tenderse la mano.
La paz nace de la Paternidad.

99. Yo no creo más en una paz solo de palabra. No creo en declaraciones solemnes, en discursos construidos, en estrategias que hablan de paz mientras preparan otra cosa. No creo en una paz que quede en los documentos y no entre en la vida. Porque la paz, si es verdadera, no es un concepto. Es una **postura**. Es una manera de estar en el mundo. Y esta postura tiene un nombre preciso: paternidad. No una paternidad genérica, teórica, idealizada. Sino una **paternidad concreta**, existencial, que se juega en la vida real.

100. La paternidad es lo opuesto del miedo. Porque quien es padre no se defiende. Se expone. No controla. Se compromete. No huye. Permanece. El miedo construye muros. La paternidad construye lazos. El miedo selecciona, excluye, se protege. La paternidad acoge, arriesga, se deja herir.
Y hoy **el gran drama no es solo que hay guerra. Es que falta la paternidad**. Faltan hombres y mujeres capaces de generar vida, de cuidarla, de protegerla sin poseerla. Faltan personas que se sientan responsables no solo de sí mismas, sino de los demás.
La paz no nace donde se habla bien, nace donde alguien decide ocuparse de los demás.

101. **La paz no es lo contrario de la guerra. Es lo contrario de la indiferencia.** Y la indiferencia siempre es una forma de orfandad. Un hombre que no se siente hijo no puede convertirse en padre. Y entonces vive defendiéndose, acumulando, controlando, temiendo. Pero cuando uno descubre que es hijo, cuando experimenta una paternidad que lo precede, que lo sostiene, que no lo abandona, entonces todo cambia.
Ya no necesita defenderse continuamente.
Puede empezar a vivir para alguien.
Puede empezar a generar.
Puede empezar a construir paz.
Porque la paz nunca es un acto individual. Siempre es un acto generativo.
Quien se siente hijo elige no interrumpir la cadena de la vida, incluso cuando todo invitaría a romperla.

102. Hoy queremos la paz, pero no queremos convertirnos en padres. Queremos seguridad, pero no responsabilidades. Queremos orden, pero no relaciones. Y así seguimos hablando de paz sin construirla. Porque construir la paz significa perder algo. Significa renunciar a tener la razón, aceptar no ganar, elegir quedarse incluso cuando sería más fácil irse.

103. **La paternidad es esto: quedarse.** Quedarse cuando el otro se equivoca, cuando decepciona, cuando hiere. Quedarse cuando la relación se vuelve difícil. Quedarse sin poseer, sin dominar, sin aplastar. La

paternidad es una fuerza frágil y poderosísima a la vez. Y es la única fuerza que puede generar paz. Porque la guerra siempre nace de una ruptura de lazos, y en cambio la paz siempre nace de alguien que decide reconstruir esos lazos. No con palabras. Con la vida.

XII. DONDE EL MIEDO PIERDE VOZ

104. La pregunta verdadera no es cómo dejar de tener miedo. Esa es una pregunta equivocada. Implica, de hecho, que el miedo deba desaparecer para que puedas vivir. Y no pasará. El miedo permanece.
Pero puede perder voz.
No todo de golpe. No por esfuerzo.
Sino por desplazamiento.
Porque solo al decidir confiar en el miedo este puede destruir la vida.
Siempre sucede de la misma manera, aunque no te des cuenta. El miedo llega como realidad física, un nudo en el estómago, un pensamiento que aprieta, una posibilidad que se oscurece, y luego, justo después, se convierte en interrogación:
"¿Ves? No puedes hacerlo."
"¿Ves? Saldrá mal."
"¿Ves? Estás solo."
Ahí es donde manda. No cuando sientes, sino cuando concluyes. Y casi siempre concluyes rápido. Para liberarte. Pero esa prisa ya es una rendición.

105. Entonces, lo primero que cambia las cosas no es el coraje. Es el tiempo.
Quien vive con miedo siempre tiene prisa.
Quien confía, se toma su tiempo.
No porque tenga respuestas, sino porque deja de huir de lo que siente. Se queda un momento más.
Un momento solo.

Dentro de ese nudo.
Dentro de ese pensamiento.
Sin defenderse de inmediato.
Sin arreglarlo.
Sin callarlo.

106. Y en ese instante sucede algo imperceptible: **el miedo ya no lo es todo.** Se convierte en una parte.
Y cuando ya no lo es todo, puedes moverte.
No contra el miedo. No para demostrar algo.
Vuelve a la realidad viva para atreverte,
Un paso que no habrías dado.
Una palabra que habrías retenido.
Una presencia que habrías evitado.
No porque no tengas miedo. Sino porque ya no le estás obedeciendo.

107. **Es aquí donde la vida empieza de nuevo**. No cuando estás seguro, sino cuando dejas de protegerte de todo.
El miedo siempre te pide lo mismo: defiéndete.
Defiende la imagen, defiende el resultado, defiende el control de la situación, defiende la idea que tienes de cómo deberían ser las cosas.
La Providencia no te protege así. Te expone.
No para herirte, sino para liberarte de todo lo que sientes que debes salvar para sentirte vivo.

Tenemos el deber urgente de permanecer
profundamente humanos, custodiando con amor
esa magnífica humanidad que se nos ha dado
y revelado en plenitud en Cristo.
(Leone XIV, Magnifica humanitas*, N.15)*

Se trata de adquirir una actitud para construir lazos
de fraternidad, hechos de escucha, de miradas sinceras,
de tiempo dedicado, incluso de tiempo perdido juntos.
(Leone XIV, Magnifica humanitas*, N.220)*

108. Por eso, en un cierto momento, ocurre un cambio más radical. Dejas de preguntarte si irá bien. Y comienzas a preguntarte si permanecerás.
Si permanecerás humano, si te permanecerás abierto, si permanecerás dentro de la relación, incluso cuando algo se quiebre.
Porque lo contrario del miedo no es la seguridad.
Es la presencia.
Y la presencia no evita que algo se rompa. Pero impide que todo se pierda.

109. Entonces entiendes algo que no habías previsto. **Que no eres libre cuando el miedo desaparece. Eres libre cuando ya no tienes que esperar a que desaparezca para vivir.** Y esto no lo produces. Sucede. Sucede cuando, en medio de algo que tiembla, no huyes de inmediato. No cierras de inmediato. No concluyes de inmediato. Queda un espacio. Pequeño. Casi invisible. Pero real.

110. **Y es ahí donde el miedo pierde la voz.** No porque haya sido derrotado. Sino porque, finalmente, ya no es el único que habla. Y dentro de ese espacio - que no controlas, que no construyes, que no mereces - empiezas a reconocer algo.
No una fuerza tuya.
No una técnica.
No una explicación.
Una Presencia.
Que no levanta la voz. No se impone. No quita el riesgo. Pero permanece. Y permaneciendo, sin hacer ruido, vuelve a poner en pie la vida.

EPÍLOGO

Lo importante no es determinar si uno tiene miedo o no,
es saber convivir con el propio miedo
y no dejarse condicionar por él.
Eso, el coraje es eso,
si no, es más coraje
pero inconciencia.
(Giovanni Falcone)

111. Tal vez entonces el verdadero milagro no sea vivir sin miedo. **El verdadero milagro es que, a pesar de todo, todavía haya alguien que ama.** Alguien que se permanece. Alguien que sigue abriendo la puerta. Alguien que sigue poniendo un plato más en la mesa. Alguien que sigue creyendo en el ser humano mientras el mundo le enseña lo contrario.

112. Porque la historia no es salvada por los fuertes. La salvan aquellos que no dejan que su corazón se endurezca. La salvan las madres que siguen dando vida en medio de las guerras. La salvan los educadores que no dejan de creer en los jóvenes perdidos. La salvan hombres como Giovanni Falcone y Paolo Borsellino[1], que tenían

[1] Giovanni Falcone y Paolo Borsellino fueron dos magistrados italianos de los más importantes en la lucha contra la mafia, tanto en Italia como a nivel internacional. Decidieron continuar con su trabajo, aunque sabían que arriesgaban sus vidas. Fueron asesinados en dos atentados en 1992, a pocos meses uno del otro.

miedo - y cómo no lo iban a tener - pero eligieron que el miedo no fuera la última palabra.
Los salvan aquellos que siguen diciendo la verdad cuando conviene callar.
Aquellos que siguen tendiendo la mano cuando sería más fácil cerrarla.
Aquellos que siguen amando incluso cuando amar parece inútil.

¡No tengan miedo!
¡Abran, mejor dicho, abran de par en par
las puertas a Cristo!
¡No tengan miedo!
¡Cristo sabe "qué hay dentro del hombre"!
¡Solo Él lo sabe!
(Juan Pablo II, 22 de octubre de 1978)

113. Tal vez esto sea, al final, el significado más profundo de ese "No tengan miedo" gritado por San Juan Pablo II al comienzo de su pontificado.
No es una invitación a sentirse fuertes.
Sino **una invitación a no dejar de ser humanos**. Porque lo opuesto al miedo no es el coraje. Lo contrario del miedo es una vida que, por fin, vuelve a estar dedicada al amor.

Y entonces sí:
tal vez el mundo seguirá teniendo guerras,
injusticias,
fracasos,
noches,

traiciones,
cruces.
Pero siempre habrá alguien que, en medio de la tormenta,
seguirá encendiendo una pequeña luz.
Y es desde ahí - siempre desde ahí –
que Dios empieza de nuevo el mundo.

	PRESENTACIÓN	**3**
	INTRODUCCIÓN	**8**
I.	**EL HOMBRE DE HOY: NO ES MALO, SINO TEMEROSO**	**12**
II.	**EL PRIMER MIEDO: EL HOMBRE QUE SE ESCONDE**	**16**
III.	**DIOS NOS ENSEÑA A NO TEMER**	**20**
IV.	**JESÚS: «NO TENGAN MIEDO»**	**23**
V.	**EL MIEDO BLOQUEA LA VIDA**	**26**
VI.	**EL MIEDO HACE QUE DEJEMOS DE AMAR**	**28**
VII.	**EL MIEDO DEFORMA A DIOS**	**36**
VIII.	**LO QUE NOS HEMOS CONVERTIDO**	**39**
IX.	**LA REVOLUCIÓN DE LA PROVIDENCIA**	**42**
X.	**TENER FE**	**52**
XI.	**UBUNTU**	**55**
XII.	**DONDE EL MIEDO PIERDE VOZ**	**62**
	EPÍLOGO	**66**


QUAERITE · PRIMUM · REGNUM · DEI ·